

RESEÑAS

carse a esta obra que aporta luz a su conocimiento. Todas las páginas son fiel reflejo de lo que está pasando en la vida real: un retrato excelente.

Maite Nicuesa
Universidad de Navarra
E-31080 España
mnicuesa@alumni.unav.es

GARCÍA-BARÓ, Miguel, *Filosofía socrática*, Colección “Hermeneia”, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2005, 158 pp.

Con *Filosofía socrática* continúa García-Baró la serie de libros dedicados a la historia de la filosofía, que tiene como primer volumen *De Homero a Sócrates. Invitación a la filosofía*. Esta pequeña obra, fruto de la reflexión filosófica del autor y desprovista de toda erudición y aparato crítico, logra convertirse en una brillante introducción a la filosofía, y no sólo al pensamiento socrático. La falta de bibliografía secundaria, sin duda tenida en cuenta aunque no exhibida, tiene por finalidad llevar al mayor número de lectores posible a las entrañas del pensamiento filosófico. El libro está estructurado en dos partes. La primera, dividida en diecisiete breves capítulos, considera los aspectos fundamentales del pensamiento socrático; la segunda, menos extensa, es un epílogo que abre el horizonte de los problemas que tendrá que afrontar Platón al continuar este modo de filosofar.

Para el autor, la filosofía no es fundamentalmente un conjunto de saberes, producto de una pura contemplación ejercida en el seno del ocio perfecto. La filosofía, tal como la entendió Sócrates, es el único modo verdaderamente humano de vivir. Un modo que puede y debe aprenderse, principalmente meditando en el destino del maestro de Platón. La auténtica vida humana debe ser filosófica. Y la esencia de la filosofía es el diálogo, que no se reduce a ser un elemento formal de este peculiar género filosófico. Dialogar consiste en convertir todo elemento de la vida humana en un interrogante; es no dar nada por ya sabido, y mucho menos la propia realidad individual. Lo propiamente humano consiste en convertirlo todo en *pregunta*, “mediante una actividad de alerta absoluta, de mo-

vilidad indecible, infinita” (p. 21) que tiene por nombre *ironía*. El escrito de la *Defensa de Sócrates*, aunque no por su forma, es en este sentido el diálogo por excelencia, por cuanto la pregunta sugerida al auditorio es la más profunda que puede hacerse el hombre: ¿hay alguien que sea sabio o maestro?

Y paradójicamente fue ésta la acusación (así resumió el propio Sócrates los cargos que le imputaron) contra el único hombre que durante toda su vida defendió que no es posible que existan verdaderos maestros o entendidos en sentido absoluto. Ser sabio es ser, sobre todo, conocedor de la naturaleza humana. Pero nadie puede tener ciencia completa, ni de la naturaleza humana ni de su excelencia propia, salvo el Dios. Pero es que, además, ni siquiera este Dios puede ser sabio en sentido absoluto, porque no tiene la capacidad de volver bueno, desde fuera y mediante una *techné*, a ningún hombre, ya que “únicamente el hombre solo puede convertirse en un hombre realmente bueno” (p. 36).

Así pues, se enfrentan aquí máximamente el ideal del sabio y el ideal del filósofo. Por un lado, la pretensión de conocer exhaustivamente la naturaleza del hombre y su perfección propia, junto con la capacidad para formar al buen ciudadano; por otra, el convencimiento de la imposibilidad de tales capacidades. La primera postura, propia de los sofistas, tiene como condición de posibilidad la reducción del hombre a lo temporal, a lo múltiple; la segunda sostiene que el instante, el *kairós*, tiene en sí mismo una dimensión absoluta que lo lleva más allá de sí mismo, de tal modo que no se mide por referencia al siguiente instante, ni al conjunto total de todos ellos. La actitud del hombre ante la vida, ante su propio ser se evalúa en último término por lo que se piensa de la muerte: para el sofista la muerte, el no-ser de los instantes, de lo múltiple, es el mayor mal del hombre, porque supone su aniquilación. Por el contrario, Sócrates afirma que el mayor mal del hombre es la ignorancia, la no comprensión del momento en el que se vive ni del propio ser. Lo peor que puede ocurrir es que aquello que es capaz de enfrentarse a la muerte, el alma, se vea afectada por esta ignorancia capital. La filosofía se convierte así, en una preparación para la muerte, que no es otra cosa que la despreocupación por la propia muerte. La única certeza del filósofo es saber que la muerte no es el mayor mal.

RESEÑAS

La exposición del planteamiento socrático tiene dos ejes que lo sustentan: la problemática de lo uno y lo múltiple y la relación entre individuo e idea. El autor los afronta al hilo de cuatro aspectos. En primer lugar, la naturaleza de la participación. Para entenderla adecuadamente hay que tratarla desde el ámbito moral, desde la relación del individuo con el bien y el mal, porque la participación en las ideas no es algo que se pueda comprender principalmente mediante observación externa. Los rasgos esenciales del hombre se definen por su participación en estas ideas. Otro asunto es la relación misma entre lo universal o común y lo particular e individual. Es el problema de la estructura del ser humano: qué sean la materia y la forma, y el propio compuesto de ambas. Desde un punto de vista parecen individuales, desde otro, universales. El tercer tema tratado surge al profundizar en las razones metafísicas de la ignorancia. El falso saber sobre sí y el bien y el mal sólo será posible porque en la realidad hay distinción entre realidad y apariencia. Las cosas participan de la idea, y en este estado de participación, entran en innumerables relaciones ontológicas con el resto de la realidad. Finalmente, la cuestión de la posibilidad de una *techné* filosófica que permita alcanzar la sabiduría lleva a ocuparse de la relación entre sabiduría y acción. Ésta es el diálogo, que es la estructura del autoconocimiento. El autoconocimiento empieza en la acción concreta y asciende a las razones que la sustentan, para ver su interna consistencia.

La ironía de Sócrates, y su *sabiduría*, se ponen de manifiesto de modo máximo en el proceso que le llevará a la muerte. El conocimiento de la índole del ser humano, de su alma, y el modo de llevarlo a su perfección, no se alcanzan de modo directo y objetivo, como ocurre con toda otra realidad. El camino hacia el autoconocimiento pasa por la docta ignorancia, y por la profundización en aquello que ésta desvela: el mayor mal no es la muerte; “temer la muerte no es otra cosa que ser aparentemente sabio no siéndolo en realidad” (*Defensa*, 29a); no hay que cometer el mal en ninguna circunstancia. Como dice Sócrates: “No es lo difícil huir de la muer

RESEÑAS

te, sino que mucho más difícil es huir de la maldad, pues corre más veloz que la muerte” (*Defensa*, 39 a-b).

Rubén Díez
Universidad de Navarra
31080 España
rdiez@alumni.unav.es

GELONCH, Santiago R. M., *Separatio y objeto de la metafísica. Una interpretación textual del Super Boetium De Trinitate, q.5 a.3, de Santo Tomás de Aquino*, Eunsa, Pamplona, 2002, 353 pp.

La presente obra de Santiago Gelonch, Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra y Profesor del Departamento de Filosofía en la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina), es la publicación de su tesis de doctorado. El autor parece intentar mostrar que en Tomás de Aquino el platonismo —al menos su presencia— no puede divorciarse del aristotelismo so pena de quedar tergiversada su entera metafísica. Así, este libro expone las causas por las que no se interpreta correctamente la afirmación tomista —de origen platónico— de que el objeto de la ciencia metafísica está separado según el ser: tal doctrina, según hace ver Gelonch, de ningún modo debe interpretarse como un *lapsus mentis* de la juventud de Tomás; por el contrario, debe contemplarse en continuidad doctrinal con el resto de su magnífica *opera omnia*, porque, en la medida en que se entiende de qué está hablando Tomás, se hace patente que él siempre ha sostenido lo mismo respecto al tema de la *separatio* y el objeto de la metafísica.

La investigación se centra en el *Super Boetium De Trinitate*, particularmente en sus qq. 5 y 6, cuyo sentido ha sido muy discutido por los intérpretes del pensamiento del Aquinate. Gelonch divide su trabajo en dos partes: la primera, tiene un cierto carácter *destruens*, en la medida en que se muestra que “el problema contemporáneo acerca de la *separatio* tiene su origen en que se está intentando interpretar un texto a la luz de un problema o, mejor, de un enfoque que no es el que tiene frente a sus ojos